

El islam o la “revancha del Sur”

Cuidado, un integrismo puede esconder otros. Los musulmanes no son los únicos que se vuelven hacia el cielo para encontrar en él las respuestas que el estado secular les niega: los judíos hacen lo mismo, y los cristianos también, como nos recuerda oportunamente Gilles Kepel. El fenómeno es universal: es la revancha de Dios.

Entonces, el imán Jomeini, el rabino Kahane y monseñor Lefèvre ¿están en el mismo combate? Eso es muy precipitado: por muy

estimulante que sea, el situar las tres religiones monoteístas en la misma perspectiva lleva en realidad a oscurecer, más que a aclarar, la naturaleza de la temática islamista, los términos en los que previsiblemente tendrá lugar su evolución, y sobre todo, las razones de su formidable capacidad de movilización.

Es necesario recordar que las formas de asimilación política de una religión se explican menos por su esencia dogmática que por la psicología de quienes la practican.

El análisis del papel que los individuos o los grupos sociales le piden a esa religión que desempeñe no puede hacerse, por tanto, más que en estrecha relación con la dinámica histórica interna de sus respectivos entornos. Por consiguiente, tratándose de sociedades sometidas a exigencias radicalmente distintas, ¿se puede realmente establecer un paralelismo entre comportamientos (religiosos) cuando se sabe que éstos están indisolublemente ligados al ámbito de la imaginación individual y colectiva de los agentes?

Antes que el regreso de Dios, la dinámica más perceptible en este final de siglo, ¿no consistiría más bien en el regreso al primer plano del escenario mundial de sus hijos del Sur, olvidados durante un tiempo? Pero si bien este Sur no es sólo musulmán —y da lo mismo—, por su parte el Norte es, por aplastante mayoría, completamente judeo-cristiano, y por las circunstancias, el lenguaje de esa cultura judeo-cristiana es el que ha servido para expresar, si no para fundar, la marginalización de la que el Tercer Mundo —sobre todo el musulmán— intenta salir actualmente. En esa medida, en el Norte cristiano o judío la relación con el Sur constituye un elemento central para la formación de su identidad cultural y política. En el Sur, el episodio colonial y sus diversas secuelas forman el núcleo central de la conciencia de todo individuo. Esta realidad puede resultar deplorable o fastidiosa. Ignorarla, o fingir

sorprende ante el hecho de que puedan comprenderla aquellos que no la han vivido, equivale a considerar que la imaginación colectiva de una sociedad se renueva completamente con cada generación.

Por consiguiente, es necesario establecer claramente los límites de una posible comparación. En el Sur como en el Norte, el resurgimiento de lo religioso en el sistema de representación es una clara manifestación del malestar en que viven las sociedades que son presa de una actitud de cuestionamiento ante los valores y categorías que han dominado este siglo. Pero ahí se acaba la analogía. El éxito que desde hace varias décadas conocen las mezquitas no se debe tanto a que en ellas se hable de Dios, sino más bien al hecho de que el lenguaje que se utiliza para hacerlo emana del único recinto que ha resistido a la presión cultural del Norte. En este caso, el aparente retorno de lo religioso fomenta menos un resurgimiento de lo sagrado dentro de un universo secular que una restauración de las referencias, sobre todo políticas, de la cultura local, a las que se invita a recuperar la ambición perdida de universalidad, superando el paréntesis colonial.

Legado poscolonial

Si las catedrales europeas empiezan a recibir cada vez más visitantes es sin duda porque al entrar en ellas (sobre todo en los antiguos territorios del

comunismo), uno puede distanciarse de los valores seculares. Pero esos valores no pueden ser percibidos como importados, con lo que el rechazo hacia ellos pone de manifiesto una crisis de un carácter completamente distinto. Y además, tanto en el Norte como en el Sur, hay que tener en cuenta el impacto del legado poscolonial: si actualmente hay una tendencia a convertirse en cristiano es porque la protección que ofrecía la categoría nacional (en un territorio con fuertes movimientos migratorios) se vuelve cada día más inoperante.

Que la cultura del padre árabe sea una cultura religiosa hace que el lenguaje de la espiritualidad sea más eficaz a la hora de expresar la condena del Norte materialista. Pero esta convergencia coyuntural del Sur con el Norte no debería ocultar la naturaleza esencialmente diferente de las dinámicas que producen esta aparente revancha de Dios: es cierto que en "el cruce de lo político y lo religioso", el Norte y el Sur coinciden; pero no por ello deja de ser cierto que viajan en direcciones fundamentalmente opuestas. Para los del Sur, entre quienes la duda se atenúa, se trata de una reconquista de la identidad; para los del Norte, entre quienes la duda se instaura, se trata de una debilitación de la identidad. Mientras que el Norte rechaza una laicidad que él mismo ha fabricado, el Sur sólo se distancia de los valores laicos (que sólo una mínima elite

secularizada había interiorizado plenamente) en la medida en que éstos se expresen en un lenguaje ajeno a su propia cultura. Por mucho que se quiera apartar la mirada de la periferia rigorista y oscurantista (y sobre todo marginal) de la dinámica de esta nueva islamización, y por mucho que no se quiera extrapolar la mentalidad de los asesinos de Sadat a todas las corrientes islamistas, ni interpretar este discurso islamista contemporáneo como algo más que de lo que es, es decir, ... un discurso, nada permite por ello prejuzgar la dinámica en curso. Al ser la cultura musulmana capaz de asimilar la distinción, la hipótesis de un resurgimiento de lo laico en el territorio árabe está lejos de verse excluida de los registros religioso y civil de la vida social.

Subestimar estas especificidades irreductibles lleva a reducir el potente proceso de oposición del Sur a la hegemonía ideológica del Norte a un simple prurito religioso que sería tan condenable (en nombre de un rechazo demasiado fácil de todos los integristas) como extenso. Y esto llevaría a reforzar esa euforia perniciosa en la que Occidente, actualmente, y una vez más, se está durmiendo, después de una victoria técnica de su industria de armamento que se ha alzado demasiado de prisa en garante de su etnocentrismo. ☪

François Burgat